

TRIBUNA ABIERTA

PEDRO A. SERRANO SALAS
Taurófilo y profesor en Córdoba

De Córdoba a Salamanca. El toro meridional

NO es fácil deshacerse de un plumazo del mundo hipócrita y egoísta que nos envuelve, abandonar la poltrona de la razón y aventurarse, cual aprendiz de Quijote, a la búsqueda de molinos de luz, a contrapelo de modas y corrientes. Aventura hacia la luz. A esta aventura originaria nos invita el libro de la salmantina y doctora en Filosofía, Mariate Cobaleda, "El simbolismo del toro. La lidia como cultura y espejo de humanidad". Ya el título anuncia algo especial. A través de estas líneas intentaré expresar la emoción que inunda mi espíritu desde que hace unos días terminé de leer el libro de Mariate.

Desde estas tierras de dehesa del norte cordobés, tierras duras, tan parecidas a las del Campo Charro, debo confesar que me siento en total comunión con todo cuanto he sido capaz de sacar de las páginas de tan esperada obra. Navegar por ellas es algo parecido a la sensación emocionada de ver a ese torero artista que con su mano izquierda templea y manda al toro en pases de tiempo detenido: "El temple -como se dice en el libro- debe ser obediencia al tiempo interior del torero. Pero el tiempo del temple no lo pone el torero, y si lo pone, no emociona profundamente. El tiempo del temple que fascina obra en su alma, se hace en su corazón y es, por tanto, obra de gracia que provoca la emoción y el arrebató, y nos suspira en el tiempo de la eternidad".

"Libro fluvial"

A mí se me detuvo el tiempo en ciertos pasajes de este libro y leyendo otros me retrotraje, ensimismadamente, a la infancia, a mi humilde barrio madrileño, en donde nuestros mayores disertaban, siempre acaloradamente, sobre el arte de los toreros del momento: Antonio Or-

dóñez, Bienvenida, El Viti, Camino y el inefable "Cordobés". Sólo por esto me veo obligado a una segunda lectura en cuanto acaben estos días de ajetreos académicos.

Para mí, el libro de Mariate Cobaleda -escrito en un castellano recio, puro, sonoro-, además de ser taurino, es un libro "fluvial", en el que el TORO, en su devenir como arquetipo hispánico y meridional, se nos plasma en su más intensa verdad: la de su nobleza y su bravura, que lo conducen, inexorablemente, a esa muerte heroica de la que se habla con insistencia en la obra: "El toro bravo y noble muere de pie, en el centro del ruedo, tragando su propia sangre. Muere soñando, creyendo que ha vencido a las sombras, al dolor y a la muerte".

Al comienzo del libro se enuncia ya el profundo simbolismo estético del toro bravo: "Desde su nobleza, el toro de lidia es el espejo del héroe, del hombre fiel a su ser, a su destino y a su origen". Y, a través de este axioma, la autora nos va adentrando en un

de la faena "llegan a ser sin dejar de ser". Grandioso acierto.

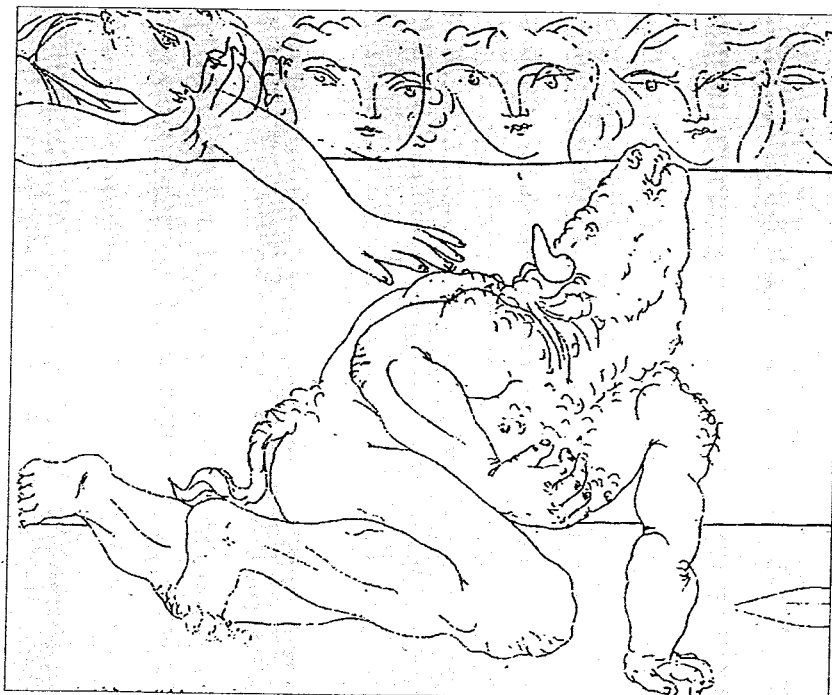
Toreo como trance estético

¿Y del Toreo como trance estético? Dice Pedro Garfias, salmantino de nacimiento, en un poema dedicado a Carlos Arruza:

"Poder salir despacio
poder,
poder plantar las piernas
poder,
poder torear tranquilo
poder,
poder clavar arriba
poder,
poder templar, mandar,
y poder matar bien.
Eso es el toreo,
El de hoy y el de ayer".

Ese poder, la quietud, el temple... símbolos taurinos estéticos por antonomasia, lo son también de Estética Originaria, a la que Mariate ha hecho con este libro-fruto un homenaje de amor, a la vez que un servicio de eternidad.

Desde este paisaje de encinares cordobeses quiero enviar a Mariate Cobaleda mi ¡olé! Apasionado. Definitivamente, leyendo este libro nos elevamos -levitamos- hacia la luz. Hacia la luz de aquellos molinos con los que soñó el Quijote. Luz de transfiguración. No son molinos que lleven al laberinto de formas y figuras por los que andamos perdidos, sino que son caminos-molinos que nos llevan hacia una luz superior. Una luz liberadora. Orbe libre al que nos retropropulsa, con todo el arte y la música, la cultura y religión, este arte trágico y meridional de los



mundo mágico que nos encamina, sin posibilidad de vuelta hacia atrás, a aceptar que toro y torero son complementarios, a la par que contrarios; y que en ellos dos y en la noble lid que protagonizan se alcanza la consumación originaria: ambos en la plenitud

toros.

Leyendo este libro he recordado aquellos versos de León Felipe: "La luz es la mirada de Dios, mística y poética, / donde viven (eternamente, siempre, siempre) / la aurora, el ángel y los sueños".